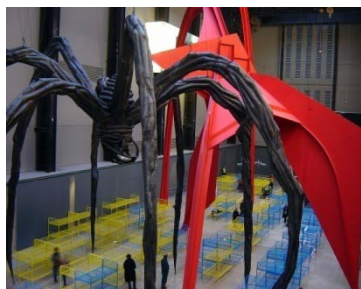


Londres cultural y nevado

Al tercer día, la nieve cayó en silencio sobre Londres... Pero el viaje había comenzado antes, un viernes: en menos de tres horas recorrimos la distancia que separa al aeropuerto de Reus de la City londinense, corazón financiero colocado hoy al borde de la arritmia por efecto de la crisis global. Comida en el restaurante indio Curryleaf (www.curryleaf.co.uk): lo mejor, el pan-galleta con salsa picante y una reconfortante sopa; la variedad de platillos condimentados a la manera oriental, correctos.

Salimos a caminar por la zona y atravesamos el Támesis por el puente del milenio, esbelta estructura peatonal que conecta visualmente la Catedral de San Pablo con el Tate Modern, el museo de arte moderno y contemporáneo de la ciudad. Allí me llamó la atención la araña gigante de la artista Louise Bourgeois, similar a la que hay en las afueras del Guggenheim de Bilbao. Seguimos camino en busca de un museo del té reseñado en la guía Michelin, inexistente en la dirección indicada, pero nos topamos con algo mejor: el Borough Market. Tomamos de entrada un vino caliente y nos recreamos con los puestos de quesos, frutas, verduras, caza menor (liebres, perdices...), tés y panes de este mercado libre. Al atardecer el sitio, rodeado de pequeñas callecitas



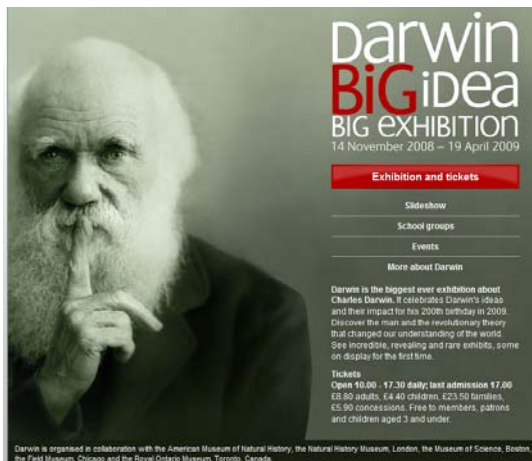
e iluminado con discreción, tiene cierto aire de novela negra, misterioso pero acogedor.



De allí nos trasladamos al deslumbrante mundo bizantino expuesto en la Royal Academy of Arts. En la muestra se explica con bellísimos íconos, mosaicos, libros, micromosaicos, joyas, monedas, cofres, candelarios y todo tipo de objetos el devenir de este imperio, fundado por Constantino, que se mantuvo en pie entre los años 330 y el 1453. Una manera muy interesante de explicar toda una cultura a través de las pequeñas cosas que esta ha creado y como estas pequeñas cosas reflejan a su vez los grandes acontecimientos que fueron decisivos para la suerte del Imperio.



Como contraste al creacionismo cristiano tan presente en Bizancio, al día siguiente tocaba sumergirse en el evolucionismo darwiniano. Para celebrar los 200 años del nacimiento de Darwin, el Natural History Museum organizó una interesante exposición que narra el proceso de gestación, nacimiento y desarrollo de la gran idea que tuvo este científico: nada más y nada menos que la evolución de las especies. Y lo hace a través de una estructura literaria, donde la idea de Darwin es el hilo conductor y donde su formación, sus viajes, sus animales, sus fósiles, sus anotaciones, su familia, sus libros y los debates que aun genera, son los ingredientes que alimentan la historia de esa idea.



Evolucionados y hambrientos, salimos en busca de un sitio para comer. Lo intentamos sin éxito, debido al gentío, en los imponentes almacenes Harrods y lo logramos en un clásico pub inglés donde probé el no menos clásico plato local Fish & Chips (pescado rebozado con papas fritas y petit pois) acompañado de dos buenas pitas de cerveza Guinness.

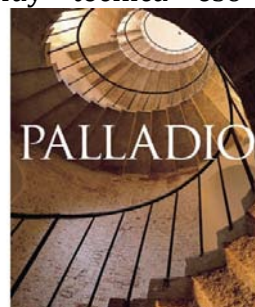
Cerramos la jornada en la ópera: la Flauta Mágica de Mozart en el London Coliseum. Un gratificante

montaje en inglés que saca mucho provecho de los recursos cómicos de la obra (los geniales Papageno y Papagena, vestidos de pájaros, colgados de un gran nido, acunando a unos pajaritos; osos y guerreros calmados por la música...) y evidencia sus connotaciones masónicas.



El domingo amaneció nublado y al llegar al centro para asistir a las celebraciones del Año Nuevo chino, ya caían algunos copos de nieve que no llegaban a cuajar. Caminamos un rato por las concurridas calles del barrio chino, adornadas para la ocasión con lámparas, guirnaldas, puestos de comida, tigres y leones danzantes, y tomamos rumbo de nuevo, pasando por St. James Park y Buckingham Palace, al Royal Acedemy of Arts para ver esta vez una exposición recién inaugurada, muy técnica eso sí, dedicada al

arquitecto neoclasicista Andrea Palladio (1508-1580).



De regreso al barrio chino, dimos por suerte con un restaurante buenísimo, el Crispy Duck (7 Gerrard Street). A la mesa llegaron ting-san de distinto tipo, varios platos de pato, mariscos, tallarines, arroces, vegetales y unas cervezas chinas que juraría tenían cierto sabor a lichis. Como cierre del banquete, comimos



macarrones. Y es que me dio por llamar así a unos dulces franceses (*macarons*) que se han puesto de moda (los habíamos comprado por el camino en Fortnum & Mason, una espectacular tienda de comida que tiene mucho de galería de arte). Son unos pastelitos redondos, de dos capas de almendra y azúcar separadas por un hilo casi líquido de merengue.

El único termómetro con el que nos topamos a la salida marcaba menos dos grados y los copos de nieve habían reaparecido con un poco más de fuerza. Un largo recorrido en autobús (Londres puede ser una ciudad interminable) nos llevó a casa de Elenita Riu, una pianista venezolana casada con Peter, un músico inglés que se dedica a montar óperas de pequeño formato. Mientras ella se ocupaba de alimentar y dormir a su pequeña hija, nosotros tomamos un aromático té indio y cominos tortas y luego, todos, continuamos con una animada tertulia sobre músicos venezolanos: Gabriela Montero, Gustavo Dudamel, Clara Rodríguez... Afuera ya nevaba sin contemplaciones.

Y lo siguió haciendo durante toda la noche, calladamente (extraño fenómeno natural éste, tan silencioso). A la mañana siguiente las noticias hablaban de la mayor nevada de los últimos 18 años y advertían de las consecuencias: casi todas las líneas del metro inmovilizadas, trenes y autobuses parados, colegios suspendidos, aeropuertos cerrados...

En las calles se acumulaban hasta 30 centímetros de nieve, los niños hacían muñecos, todos

tomaban fotos y nosotros emprendimos una carrera de obstáculos para llegar a tiempo a nuestro vuelo de regreso, uno de los pocos que no estaban suspendidos.



Nos tocó esperar un buen rato hasta que llegó el metro. Viajamos como sardinas en lata en un vagón abarrotado y al llegar a la estación de los trenes que van al aeropuerto de Standed, nos informaron que el servicio estaba funcionando de manera muy irregular y no nos dieron garantías de poder utilizarlo. Entonces la única opción que nos quedó fue subirnos a uno de esos típicos taxis londinense, cuyo chofer sorteó con pericia calles cortadas y atascos y en casi una hora de viaje por paisajes urbanos y rurales blanquísimos nos dejó a las puertas del terminal. Todavía tuve tiempo para probar un rotundo hombro de cordero y en esas estaba cuando recibí desde Caracas muy buenas noticias sobre la salud de mi papá. Año de nieves, año de bienes, dicen por aquí.



Carlos
02-MMIX